Anexo A. Relato de bitácora por Lina María Rodríguez *(La Consagración*)

Estudiante de Arte Danzario y Asistente de Dirección, género femenino, Facultad de Artes ASAB – Profundización en Danza Contemporánea.

Me sumé a la tripulación un viernes lluvioso y frío que luego terminó calentándose con la energía de cada uno de los integrantes de este viaje.

Estaban todos en una búsqueda de su propio territorio, descubriendo inocentemente, enlaces para la creación en manada. Todos parecían semillas distintas bajo el mismo cielo, compartiendo el ruido del viento. Eran materia oscilante, cambiante, líquido que caía, que sonaba y resonaba, que se elevaba y volvía a caer.

Cada uno expresaba su propio discurso pintando su danza de un color específico, como si los cuatro elementos se multiplicaran y fueran ahora 10 elementos con características diferentes entre sí, pues cada elemento contaba con una fuerza especial y única. Era realmente emocionante imaginar cómo cada partícula tan distinta iba a relacionarse con la otra, o más bien iba a ser parte de la otra formando una estructura más grande y poderosa que el territorio de cada una y sus respectivos límites.

Bastó con tener en común el hambre de decir para que los diálogos de movimiento echaran chispas entre los grupos. Nuevos tripulantes habían llegado, La nave estaba despegando. Unos días más y percibía cuerpos más sensibles, ligeros, realmente entregados a sentir. Pese a que el destino aún no era muy claro para todos, las tareas y el ahora estaban siendo asumidos con decisión y fuerza.

Es la fuerza justamente la protagonista de la consagración de la primavera, cuando la escucho no puedo pensar en otra cosa que no sea la voluntad natural, no puedo sentir más que un grito

desesperado de alguien que quiso ser escuchado y que no necesitaba ser aprobado y aplaudido, necesitaba mover lo que tenía tal y como estaba. Personalmente creo que esta obra habla en un lenguaje universal: el lenguaje de las vísceras. Este lenguaje que habla de la humanidad y la animalidad como una sola sustancia, es un lenguaje que hablan los cuerpos que se mueven solos; éste lenguaje habla del error, del imperfecto, de lo raro que es ser honesto en el mundo sin pensar en los juicios de valor.

Cuando los veo reponer los gritos de Pina Bausch, Xavier Le Roy y Nijinsky, olvido el deber ser, y el movimiento por verse bonito, de repente recuerdo un millón de razones por las cuales me muevo y otros mil impulsos que leo en los cuerpos de cada uno. Es bellísimo dar cuenta de un proceso que busca devolverle al intérprete el instinto, incluso que sugiere pensar en la danza como un acto violento en cierto grado, porque bailar es un acto animal y somos bailarines por naturaleza. Observo las miradas de todos y parecen los de los felinos que se transforman dilatándose apenas están al asecho; los ejercicios salvajes pasan de ser incómodos a ser placenteros, y abren la puerta hacia una dimensión ancestral, son viajes cortos al hogar.

Las sensaciones se viven y sólo a partir de la experiencia se construyen y exteriorizan como bienes comunes o triunfos en equipo, los focos comienzan a ser compartidos. De repente todos están untados de un engrudo y parece que la fase de la cohesión está emergiendo.

Poco a poco los intérpretes estuvieron siendo esculpidos y continúan en ese proceso en el que se cargan de energía y confianza. Pude entender cómo se sobrevalora el tiempo que estamos en un escenario o función, olvidando que la verdadera magia del movimiento nace y se mantiene vivo en el proceso, en ese juego permanente entre el caos y el orden, en la transformación de la dramaturgia y de los cuerpos; y lo más importante: el paso de ser muchos cuerpos a ser todos órgano independiente de un solo cuerpo.

La magia sucede cuando ya no veo a estudiantes de danza sino bestias empoderadas llevando al extremo su sensación, haciendo sonar el piso, chocándose, repeliéndose, suspendiéndose, haciendo de la saliva, las uñas y el cabello una nueva extremidad.